

NUESTRA SEMANA SANTA

Pregón de 1a de marzo de 1996.-

MAHÓN

Eusebio Lafuente.

Queridos amigos y paisanos: Gracias ante todo a quienes han querido confiarme este pregón. Además de hacerme un honor con ello, me producen gran alegría, ya que, por diversos motivos, me siento muy vinculado a nuestra Semana Santa.

¿Qué motivos son esos? En primer lugar, "de quant jo era un al.lot ençá, som de's Sepulcre", y luego he sido durante años uno de sus portadores.

Además, tengo en nuestra casa la efigie de la Magdalena que, hace ya mucho tiempo, fue uno de los pasos en estas procesiones. Era propiedad de mi familia Vanrell, de cuya casa salía cada año para incorporarse a la comitiva, con sus cofrades.

Mi padre cuenta en uno de sus escritos que la cabellera que hoy luce esta antigua talla fue donada por una señora que, en un momento de su vida, había sido también una Magdalena. Arrepentida como la del Evangelio, prometió dar su pelo a esta imagen y así se hizo.

Esta no es la única cofradía antigua mahonega cuya memoria hemos olvidado. En los archivos de los viejos protocolos notariales que se conservan en esta Casa de Cultura, se encuentra el testimonio de los primeros pasos para constituir una Cofradía de militares de la guarnición del Castillo de San Felipe. Me dió copia del acta mi querido profesor y pariente el inolvidable D. Juan Gutiérrez Pons, Pbro., con el que siempre estaré en deuda, y creo no ser el único en ello. Me atrevo a sugerir a mi buen amigo Francisco Fornals, Académico Corresponsiente de la Historia y máximo especialista en temas históricos militares de Menorca, la investigación de esta faceta, que nos daría algo más de luz sobre la vida de aquella

guarnición, cuajada de apellidos ilustres, y a la cual la defensa de Mahón debe mucho más de lo que algunos reconocen.

Pero volvamos a coger el hilo.

Otra razón que me une a nuestra Semana Santa es que los Oficios y las procesiones de esos días forman parte importante de mis recuerdos de infancia: admiraba el paso de los "enturions", íbamos en familia a visitar los monumentales Sagrarios, cruzándonos con las señoritas de mantilla y peineta, que tanto favorecen a la mujer española. Y el sábado de Gloria, a las diez, el repique general de campanas nos avisaba a los niños que ya podíamos cantar y gritar. Los muchachos, por barrios, improvisábamos grupos que, a partir de dicha hora, recorrían las calles haciendo sonar alegremente los cacharros más diversos, con tal de que hicieran ruido. Yo disponía de una sonora trompa de caza que me prestaba mi padre. "Em feham de renou per na Clara i sa fia".

Entre esos recuerdos, no es nada desdeñable la memoria de los enormes caramelos, así como de las dos "aludas, una de confits i s'altre de caramel.los" que, después de la procesión del Viernes Santo, en la sala capitular de Santa María, nos daba a cada cofrade "es Rectó", nuestro inolvidable D. Antonio Tutzó, discreto y eficaz, que tanto empeño puso, entre otras cosas, en la fundación con éxito de la Juventud de Acción Católica.

Pero, evidentemente, la Semana Santa es mucho más que estos recuerdos. También es mucho más que una hermosa tradición popular, enraizada en nuestra historia y sostenida por la Fe. Y mucho más también que una

espléndida manifestación artística y sentimental. De todo esto hay mucho en la Semana Santa, pero hay más, porque lo que le da su máxima grandeza y profundidad es que nos induce a un tiempo de reflexión, para hacer un breve alto en el camino, y recogerse en sí mismo meditando sobre la tragedia ocurrida hace 2.000 años, sobre el mensaje que entonces nos fue dado y sobre si hacemos o no lo posible por cumplirlo y comunicarlo.

La Semana Santa tiene algo de examen de conciencia y de ejercicios espirituales.

En este sentido, permitidme que os recuerde lo que todos sabemos: después de predicar uno de los pasajes más duros del Evangelio, muchos de los seguidores de Jesucristo le abandonaron. Entonces, volviéndose a los Apóstoles, les preguntó:

"- ¿También vosotros queréis dejarme?"

Y Pedro, con una de sus frases rotundas contesta:

"- ¿Y adónde iríamos, Señor? Sólo Tu tienes palabras de vida eterna."

Me parece que la Semana Santa es una buena ocasión para reflexionar sobre esas "palabras de vida eterna", para empaparnos de esa doctrina que, después de pedirnos amor a Dios sobre todas las cosas, nos dice:

"- Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

De modo que el mensaje más antirracista, más amplio, más henchido de amor al prójimo, lo pronunció Jesús hace ya veinte siglos.

El que, en aquel tiempo y en la sociedad de entonces, alguien predicara ese amor a nuestros semejantes, el perdón

a quien nos ofende, la paz entre los hombres de buena voluntad o las bienaventuranzas, y dirigiera su mensaje al mundo entero, sin distinciones de raza ni de frontera, hermanándonos a todos, me parece algo sobrehumano. Claro; como que es un mensaje divino. Por eso lleva vivo 2.000 años, y sabemos que no se extinguirá.

En cambio, sobre odios y rencores nunca se ha edificado nada perdurable.

El Cristianismo tiende a unir, no a disgregar. No olvidemos que católico significa universal.

Y no perdamos de vista que hay más gente de buen corazón que malvados.

De paso digamos que perdonar no significa que olvidemos, porque, como dice en Madrid mi buen amigo el Padre José:

"- Hermanos sí, pero primos no."

Frente a estas ideas, no faltan pesimistas que, ante la dasatada libertad de costumbres de hoy, piensan que nuestra sociedad está condenada a la degeneración con todas sus consecuencias, que la Historia nos enseña para casos similares.

Pero yo quisiera lanzar un mensaje de optimismo. Es verdad que, en ciertos aspectos hemos caído muy bajo y que esto daña gravemente la salud moral, e incluso física, de la humanidad. Pero también es cierto que, en algunos aspectos, hoy se ha mejorado mucho. La mayor parte de la sociedad civilizada es más sensible actualmente a una serie de virtudes. Apoyándose en el progreso técnico, nunca han sido tan extensos los movimientos de la caridad, del entendimiento entre razas y pueblos. Nunca se ha hablado tanto contra la guerra, la violencia, los crímenes, las

injusticias.

Y el ejemplo más claro nos lo da el Papa, al que todos podemos ver quemando literalmente su vida en una labor pastoral tan intensa que algún humorista ha podido decir, con poco respeto, que Dios está en todas partes, pero que cuando llega se encuentra que Juan Pablo II ya ha estado allí.

En resumen; si en lo más visible asistimos a una relajación de valores morales, relajación que en algunos aspectos está explícitamente condenada en los Evangelios, no es menos cierto que, en lo que no es tan llamativo, pero sí fundamental, la sociedad experimenta un rearme moral que sigue, sabiendo, o no, lo que nos manda la doctrina cristiana.

Mientras tengan esa fuerza las tendencias en favor de la caridad, de la paz, de la comprensión, de la justicia, habrá una base sólida para regenerar una sociedad, la cual siempre ha avanzado, como nos enseña la Historia, mediante movimientos pendulares.

¿Que soy demasiado optimista? No lo creo. Pero es que, además, muy por encima de mis apreciaciones personales, contamos con la promesa de Jesucristo:

"- Las puertas del infierno no prevalecerán"

Tal vez por eso, Juan Pablo II, al pisar por primera vez tierra española, una de las primeras cosas que dijo fué aquella frase evangélica que ha repetido en diversas ocasiones:

"- No tengáis miedo".

Bien sabemos que en eso de no tener miedo, el Papa ha predicado siempre con el ejemplo.

En vacaciones hay tiempo para todo. No sólo para el descanso, generalmente bien ganando. También ha de haberlo para la vida espiritual, porque cuando el hombre alcanza su mayor dimensión es cuando reza.

Si, por el contrario, se abandonan o enfrían los ideales de orden superior, ocupan su lugar sentimientos más bajos y entonces se desbocan los diversos materialismos. Cada vez que esto ha sucedido en la Historia, los resultados han sido siempre similares.

Tenemos una magnífica recomendación para que sean acogidos nuestros ruegos: "abogada nuestra" le llamamos en la Salve a la "Mare de Deu".

Permitidme que intercale aquí otro recuerdo: no pocos entre los hombres de la mar, con los que me siento vinculado de por vida, han tenido que ver a veces la muerte muy cerca. Para sus rezos más angustiados, tienen la Salve Marinera, que no puedo oír sin emoción, pensando en los que han muerto cantándola. Con instinto certero, han elegido a la "estrella de los mares" para que interceda por ellos.

No lo olvidemos cuando desfile la espléndida imagen de la Dolorosa, esta Semana Santa.

Bien sabemos que no basta con tener fe y rezar. Se nos ha dicho que " la fe sin obras es muerta"¹ Y en otro momento se precisa una idea parecida: Aunque tuviera una fe capaz de mover montañas, si no tengo caridad, de nada me

¹ Primera epístola de Santiago.

sirve"¹

Por lo tanto, dediquemos una parte de nuestro tiempo, una parte de nuestro dinero, a ayudar material y espiritualmente a quienes lo necesitan. Sin olvidar que nos será pedida cuenta según lo que nos fue dado.

Dedicar un tiempo a la vida espiritual no significa abandonar por ello nuestros deberes materiales. Al contrario; nos anima a perfeccionarnos en ellos. Precisamente ha sido en un libro de formación donde he encontrado este consejo práctico:

" No es que no nos atrevamos porque las cosas sean imposibles; es que son imposibles porque no nos atrevemos."

No debemos enfadarnos con algunos escépticos que critican estas ceremonias religiosas, y sólo alcanzan a ver en ellas algo de superstición, exceso de riqueza y adoración de unas simples imágenes.

Lo que les pasa a estos críticos, muchos de ellos de buena fe, es que no son capaces de comprender la grandeza de lo que se conmemora, ni saben ver esa especie de renovación del juramento de fidelidad a esas ideas sublimes que, al precio de su vida y martirio, nos transmitió Jesucristo. Entender el contenido de la Semana Santa no es tanto asunto de la cabeza como del corazón.

Respecto a nuestro pretendido culto a las imágenes, no se dan cuenta de que lo que veneramos es la idea que

¹ S. Pablo. 1ª epístola a los corintios

representan. Del mismo modo que, cuando rendimos honores a la bandera nacional, no lo hacemos al lienzo ni al asta que lo enarbola, sino al símbolo de la Patria.

Y en cuanto a la excesiva riqueza desplegada en la Semana Santa, tal vez no se han detenido a comparar con lo que derrochamos entre todos en cosas inútiles y a veces perjudiciales. Con ello sobra dinero para celebrar una Semana Santa cada mes.

Por lo tanto, yo os invito a todos a participar en los actos de los próximos días, como actores o como espectadores, y a vivirlos con intensidad, conscientes de su profundo significado.

Cuando yo vivía en Marruecos, en los años 50, tenía que asistir mensualmente a un consejo en Málaga.

Procuraba que entre los días de mi estancia cayera un domingo, y mi mujer y yo íbamos a misa de dos en la catedral para escuchar la homilía del cardenal D. Angel Herrera Oria, aquel coloso del periodismo, la literatura y el trabajo pastoral.

Una de ellas la dedicó al silencio. A la necesidad que tiene el hombre, de cuando en cuando, de aislarse del estrépito del mundo, de nuestras luchas diarias en el terreno material, y, en calma, reflexionar sobre los temas que realmente son los que más importan.

Tengamos también nosotros, en esta Semana Santa, algunos ratos de silencio, de reflexión. Y, como resumen de ellos, digamosLe a Jesucristo que, con todas las limitaciones de nuestra condición humana, nosotros también

Le queremos a El.

Y perdonadme porque, más que un pregón, lo que me ha salido del alma parece un sermón.

Bona Pasco a tothom.